

INFORMACION PEDAGOGICA

TODO ESTA EN ESQUILO

Bien merece los honores de nuestro comentario el artículo publicado en *A B C* del día 24 de agosto de 1958 por ese fino crítico de las letras españolas y elegante escritor que es Alfredo Marquerie. Marquerie tiene ante sus ojos «la más vieja trilogía teatral del mundo», *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*; posa su mirada ante esas espléndidas creaciones del genio griego y su agudo ingenio descubre que son la última novedad científica, literaria y teatral, o lo que es lo mismo, que las últimas novedades son viejísimas. Lo que le hace exclamar un *¡Nihil novum!*, cuya conclusión es el título que encabeza el artículo: *Todo está en Esquilo*.

Si, en Esquilo está el telégrafo de señales, cuando el vigía de Argos recibe en su atalaya la noticia de la caída de Troya por medio de «la carrera del fuego», que envía el mensaje de colina a colina; en Esquilo está Freud, adelantándose el poeta griego al científico europeo y calando profundamente en la doctrina de la interpretación de los sueños. En efecto, los ancianos argivos descubren, y se lo dicen a Freud, que durante el sueño «lueve sobre nosotros el recuerdo amargo de nuestros males»; y Orestes interpreta el sueño de su madre Clitemestra diciendo: «Ese monstruo es mi símbolo. Como yo ha sido concebido y lactado. Mi madre piensa que he de matarla, vuelto en dragón, tal y como el sueño lo revela». En Esquilo ve Marquerie la novela policiaca que «inauguraron» Poe y Conan Doyle, al estudiar la escena en que Electra, observando atentamente los indicios que encuentra en la tumba de su padre, descubre la presencia de su hermano; y más aún cuando Orestes, «por las manchas de sangre que han resistido al tiempo y alteran el color de un velo», obtiene la prueba concluyente del asesinato de Agamenón y corrobora que su padre fue envuelto y trabado con ese velo, al salir del baño, por la esposa que le dió alevosa muerte. «Indicios y pistas que no rechazaría el famoso inspector Maigret de Simenon». Esquilo está en las producciones dramáticas de base procesal como *El Proceso de Mary Dugan*, *Juicio contra un sinvergüenza*, *Proceso a Jesús*, con sólo fijarse en el juicio contra Orestes.

«Y todo eso y mucho más —comenta Marquerie—, unido a la profunda densidad filosófica, a la maravillosa poesía cargada de brillantes

metáforas, al sentimiento trágico que emana constantemente de la palabra y de la acción, está en la más vieja trilogía teatral del mundo: *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides* de Esquilo, el padre de la escena helénica. ¡*Nihil novum*!».

Tiene Vd. razón, amigo Marquerie: todo eso está en Esquilo; todo eso y todo lo que ahora sabemos con ciencia segura lo inventaron los griegos o los romanos; lo que Marquerie dice a propósito de la literatura, podrá ver (cf. págs. 57-58) cómo lo dice Werner Heisenberg a propósito de la Física nuclear. Por razones muy hondas, nuestra originalidad, la de Occidente, no puede ser más que una: descubrir a Grecia y a Roma todos los días, en todas las cosas y en cada uno de nosotros. Y solamente hay otra alternativa: la barbarie. Un embrión da un árbol, un árbol da un fruto, y en los frutos vuelve a estar el embrión. Pero, amigo Marquerie, es inútil que Vd., que Heisenberg, que yo, que los que saben de estas cosas, lo digan: la ignorancia y la barbarie tienen gran poderío, habitan en las chozas y las casas suntuosas, manejan estas o los eficaces recursos del poder indistintamente; para ellos todo es nuevo, y no pueden tolerar al que, como Vd., sale gritando su ¡*Nihil novum!*, grito de la sabiduría que sabe que lo eterno es lo único que siempre es nuevo.

UNA DISERTACION DEL P. GANCEDO IBARRONDO

En la XXVI reunión de la F. A. E. pronunció el P. Gancedo Ibarrodo¹ una interesante disertación sobre didáctica del latín que creemos merece algún comentario. Y sea el primero subrayar el manifiesto buen deseo de su autor de servir a las letras clásicas, así como valorar muy alto el que haya hombres beneméritos, como el P. Gancedo, que sacrifican sus horas en meditaciones sobre el humanismo. Nuestro segundo comentario es que, al ser esta disertación pública, ciertos puntos de vista del autor de seguro que se habrán convertido en arma de guerra en manos de muchos contra nuestros estudios y habrán sembrado no poca confusión en otros.

Dos cosas se proponía el P. Gancedo: «orientar nuestra didáctica hacia la humanización y adaptación a las manos de los niños de estos instrumentos de trabajo» (Gramática, textos y diccionario) y que «el niño aprenda a trabajar científicamente y aprenda hábitos de exactitud». Propósitos ambos muy loables. Y empieza con la Gramática; lo que le lleva a una atinada crítica del llamado método activo, del cual discrepa, si se toma de modo puro. Bien se ve que el P. Gancedo conoce a los chicos con sólo leer su donosa definición del cuaderno: «un cuader-

¹ Cf. el texto en *Enseñanza Media*, núms. 29-32, nov.-dic. 1958, 7-22.

no no es otra cosa que un dispositivo muy cómodo para arrancar hojas». Pasa luego a hacer sus propuestas didácticas de orden gramatical, lo que a él le parece que debe ser un buen libro de Gramática. Mucho habría que hablar sobre lo que dice; pero nos limitaremos a señalar únicamente la solución óptima y la pésima en este terreno, bien entendido que hay soluciones válidas diversas. La solución óptima es la libertad, la pésima la dictadura; gracias justamente a la coactiva legislación didáctica vigente podemos asegurar que los libros de texto próximos serán todos ellos iguales, como un huevo lo es a otro, y todos ellos muy malos. Puede que salgan muy baratos; pero serán carísimos; no valdrán nada. No obstante, nos complacemos en afirmar que muchas observaciones del P. Gancedo son atinadísimas; a veces se deja llevar en exceso de su modestia en juicios como éste: «¿Quién escribe hoy medianamente el latín y lee a los clásicos con soltura?» Me hubiera gustado poder decir a los oyentes que yo conozco ciento cincuenta o doscientos profesores que los leen con soltura plena; que escribir bien latín es menos frecuente, pero que, una vez que se lee con soltura, escribir es cuestión de un poco de paciencia y entrenamiento, aunque en esto cada cual tenga sus límites, pues es un arte.

Pero donde no tenemos más remedio que poner muy graves reparos es en la parte que el P. Gancedo dedica a los textos. Muy confuso debió de salir su auditorio y muy malparadas las letras clásicas. Las propuestas pedagógicas, llamémoslas positivas, son atinadas. En efecto, todos somos concordes en que para iniciarse en el latín hay que usar textos adaptados, textos que caigan en el interés de aquellos a quienes van destinados, en que estos textos hay que extraerlos de toda la latinidad, pagana y cristiana; que hablen a la fantasía, al sentimiento, que se gradúe el vocabulario, la sintaxis... ¡Pero esto durante la iniciación al latín! ¿Cuánto debe durar la iniciación? Según el P. Gancedo, todo el Bachillerato: «Dejemos los textos clásicos a los alumnos de clásicas de las Universidades», dice. ¿No le parecen demasiada iniciación dos años en el Bachillerato Elemental, dos en el Superior y uno en el Preuniversitario? A nosotros nos parece que para iniciarse bastan los dos primeros, bien entendido que ya en el segundo año hay que manejar clásicos sencillos; y nos parece que en los tres últimos cursos tienen que reinar los clásicos paganos y cristianos de un modo pleno. Lo que le pasa al P. Gancedo es que, por una parte, sienta como axioma pedagógico que al niño no hay que forzarle, no hay que ofrecerle nada que le obligue a saltar, axioma que no acatamos y que está hoy día no poco desacreditado; pero, por otra, parece pensar que los textos que se manejen en clase debe salir dominándolos el alumno. ¡Dominar a Salustio, Cicerón y Virgilio! Por supuesto que el alumno no los llegará a dominar: el profesor es quien tiene que dominarlos; para el alumno esos textos son un objeto de estudio y meditación llevado de la mano del maestro; cosa del profesor será desplegar su riqueza, hacer sentir su peso específico, su sig-

nificado y hacerlos amar. Y, desde luego, los niños a los quince, diez y seis o diez y ocho años, no son tan tiernos: a esa edad trabajan duramente los hijos de otras clases sociales, muchos de los cuales cambiarían el puesto gustosos.

Y, en fin, muchas ideas del P. Gancedo nos parecen equivocadas y provocan nuestro asombro. Veamos. ¿Que el estilo de los textos clásicos no coincide con los gustos literarios de hoy? Cualquiera diría que en los textos clásicos no hay estilos variadísimos para elegir. Pero aunque no coincida digamos que, en primer lugar, los alumnos no suelen tener todavía ningún gusto literario y a obtenerlo vienen; y, en segundo lugar, no tenemos por qué estimular el gusto de hoy, sino dotarles de criterio para que gusten lo bueno de ayer, de hoy y de mañana. Más sorprendente aún es esto: «El mundo romano que reflejan las obras de los clásicos consagrados apenas si interesa hoy a la juventud. No pretendemos que a nuestros chicos y chicas de hoy les gusten los argumentos de las obras clásicas: no están en consonancia con su fantasía ni con su mundo sentimental o afectivo. Aquellas defensas políticas de Cicerón, las historias de Salustio salpicadas de prolijas consideraciones morales, las inacabables correrías de César y sus ininteligibles tácticas militares, las *Eglogas* de Virgilio y aun su misma *Eneida* carecen hoy de interés: han quedado petrificadas en su simple valor histórico. De todo el mundo antiguo lo menos interesante, pedagógicamente considerado, es esa agitada vida política de que están saturados los clásicos». Eso, ni más ni menos, es lo que han dicho los que quieren desterrar del Bachillerato las letras clásicas sin saber una palabra de ellas.

Por mi parte, si yo pensara eso, no daría una hora más de clase de latín. ¡Los argumentos de las obras clásicas! ¡Pero si en las grandes obras clásicas de todas las literaturas el argumento es casi siempre un simple punto de apoyo para construir un testimonio humano! No es el argumento lo que vale, sino el significado; y ese significado es lo que tiene que descubrir el profesor. ¿Que las *Eglogas* y la *Eneida* han quedado petrificadas en su simple valor histórico? No cabe duda de que, para el P. Gancedo, Virgilio es un libro cerrado. Si Antonio Machado, para citar un poeta de nuestro siglo y de los buenos, oyera esto, haría un poema triste: para él, Virgilio era el primero. ¿Que la agitada vida política de que están saturados los textos clásicos es lo menos interesante pedagógicamente? Pues ya ven ustedes: por poco diestro que se sea, tiene uno que andar con pulso para que nuestros alumnos de pre-universitario no vibren más de la cuenta ante el *De republica*, y eso con sólo subrayar el texto, sin apartarse un milímetro de su letra; no digamos si uno comenta, aun en un plano intemporal; y no sé lo que sería la clase si el profesor se pusiera de parte de alguno de los contutlios del diálogo. Pero, señor, ¡si todas las revoluciones europeas desde el Renacimiento hasta hoy han tenido una falsilla romana o griega de-

bajo! No cabe duda de que el profesor Gancedo se fué de la mano en sus concesiones a los contrarios...

Que los textos litúrgicos y el Antiguo y Nuevo Testamento son el mejor instrumento de formación para la vida ascética y monacal, no cabe duda; pero que lo sean para vivir en el siglo es mucho más problemático, aunque todo cristiano deba ser asceta aun en medio del siglo. Cuando Juliano el apóstata quiso sitiar intelectualmente a los cristianos, les lanzó en una ley escolar el siguiente reto: «No creéis en nuestros dioses, poetas ni filósofos. Pues prohibido enseñar con ellos; de ahora en adelante que los profesores cristianos se vayan a sus iglesias de galileos para comentar allí a Mateo y a Lucas». ¡Quién le fuera a decir a Juliano que el P. Gancedo ha descubierto mil seiscientos años después la misma solución! Los cristianos de entonces reaccionaron violentamente; pero, como medida de urgencia, los dos Apolinar, padre e hijo, acometieron la empresa de adaptar el Pentateuco en hexámetros homéricos, el Antiguo Testamento en estilo dramático, el Nuevo imitando los diálogos platónicos; total, que «homerificaban» o «platonizaban» los libros sagrados. Pero todo esto duró lo que Juliano; luego se volvió a lo de siempre: una escuela única, con profesores y alumnos indistintamente cristianos o paganos. Y era natural: los textos sagrados son testimonio de una fe intemporal y universal, los profanos son hijos del tiempo y de una cultura. Pero cristianos y paganos vivían alojados en esa sobrenaturaleza en la naturaleza que es la cultura, cada cual con su fe. La educación cristiana se recibía en la familia por vía de ejemplo y en la institución del catecumenado por vía doctrinal. Por supuesto, hubo una escuela netamente cristiana en la que todo lo pagano quedaba proscrito: la monástica, destinada a la vida ascética, y la clerical, destinada al sacerdocio. Los intentos de San Juan Crisóstomo de que confiaran los cristianos sus hijos a los monjes de los desiertos tuvieron muy escaso éxito; y él mismo plegó pronto velas.

Con esto creo que habremos contribuido desde estas páginas de algún modo a acabar con esa confusión no infrecuente de trasladar la supremacía ascética y espiritual, universal e intemporal, de los textos sagrados al terreno cultural, particular y temporal.

Todavía el P. Gancedo dijo cosas igualmente sorprendentes. Que el P. Gancedo no vea que el humanismo de Cicerón sea preferible al de Cervantes es sorprendentemente natural: esencialmente es el mismo. Cervantes sabía su buena cantidad de latín y las aventuras de D. Quijote tienen constantemente detrás también la falsilla grecolatina². Y, por último, eso de que no vibramos con nuestros clásicos nacionales y preferimos a los escritores de ahora, si hemos de ser sinceros, es una espe-

² El que desee enterarse bien de este aspecto del *Quijote* lea el libro de Arturo Marasso, uno de los mejores cervantistas, titulado *La invención del Quijote*.

table opinión del profesor Gancedo; si yo he de ser sincero tengo que declarar que me hace vibrar lo bueno sin distinción de época, y desde luego, los clásicos nacionales, como ya están seleccionados, son siempre buenos; pero con los actuales me ocurre que para encontrar una pepita de oro tengo que remover mucho barro... Es una lástima que el P. Gancedo haya cedido hasta tales límites; hay concesiones fatales, porque son una entrega absurda. Porque cuando no quiere ceder, vean ustedes como surge la veta del buen humanista en el profesor Gancedo: «Además, el latín tiene una supremacía inefable, y es que él es el camino que nos lleva a los orígenes de nuestra cultura occidental y cristiana». Naturalmente que sí. Pero ¿cómo nos ha de llevar ese camino a ninguna parte, si para no enfadar a nuestros contrarios no echamos a andar?

ESTOS SON DE LOS NUESTROS...

Este título significa nada más —y nada menos— que el hecho de que los egregios varones de quienes vamos a hablar son humanistas clásicos. ¿De qué se trata? Se trata de que las humanidades clásicas han dado a Europa, a la Europa actual, dos estadistas que se han acreditado como modelos de sabiduría política y de eficacia; bajo su dirección dos grandes pueblos de Europa han salido de difíciles atolladeros mientras sus súbditos recobraban la confianza y lograban un bienestar material creciente.

¿Quiénes son? El uno es Rudolf Heuss, presidente de la República Federal Alemana. Heuss es un humanista formado en las letras clásicas, fruto de las letras clásicas y cultivador notable de las humanidades. No vamos a hablar ahora del milagro alemán, sobradamente conocido. Lo único que queremos subrayar es que ese milagro se ha producido bajo la égida de Heuss. Y, naturalmente, tampoco decimos que Heuss haya sido el taumaturgo; junto a él forman Konrad Adenauer y Ludwig Erhard, y detrás todo el pueblo alemán. Pero la cuestión es esta: un gran pueblo, un espléndido equipo de gobierno, un milagro político-económico, toman expresión visible y se encarnan en la personalidad de un gran humanista. Un azar, dirán algunos. Puede que sí, respondemos: sólo que ese azar es imposible en otras latitudes. Y entonces el azar resulta que no es azar, sino un regalo del cielo para quienes hacen posible el azar...

Y he aquí otro azar. Harold Macmillan tomó las riendas del gobierno inglés en un momento en que Inglaterra pasaba por un gran bache: lo de Suez, tirantez de relaciones con Norteamérica, Mancomunidad agitada, desmoralización interior y la libra tambaleándose; pues bien, volver ustedes del revés este panorama y tendrán el resultado de lo que Macmillan ha conseguido hacer en dos años de gobierno para bien de su país y de todo el Occidente. Y ¿quién era entonces Macmillan? Un viejo polí-

tico, anticuado de aspecto, demasiado discreto, de porte poco elegante de modesto linaje, no muy popular... Pero ya en su linaje hubo letras clásicas: el padre de Macmillan fué, entre otras cosas, profesor de Literatura clásica del Colegio de San Pablo, y la educación clásica del actual Macmillan fué la esmerada de Eton y Oxford. «Una vez, durante la primera guerra mundial, resultó gravemente herido y quedó separado de sus tropas durante un día. Sus compañeros de armas le encontraron finalmente en el hoyo abierto por una granada leyendo un libro de Esquilo... en griego, por supuesto. También le gusta el latín, y todavía hoy desconcierta a la gente que no conoce los clásicos diciendo chistes en latín o estampando retruécanos en esa lengua en los documentos oficiales³. Es uno de los primeros ministros más cultos que ha habido. ¡Ah! Cuando Churchill estaba en activo, fué Macmillan el ministro de la Vivienda que hizo realidad la promesa de las 800.000 casas al año. Puede que no fuera una mala cosa que los ministros de la Vivienda empezasen su carrera política leyendo a Esquilo en griego. ¿Quién podrá demostrar que Esquilo y Virgilio no tienen nada que ver con esto? En cambio, yo sí puedo afirmar que el hecho histórico es que la cosa empezó con Esquilo y Virgilio y que en compañía de ambos se ha realizado. Otro azar, claro... Pero tampoco se podría dar ese azar donde quienes leen a Esquilo en griego y a Virgilio en latín y los entienden bien se tienen que hacer perdonar del vulgo de abajo y de arriba semejante aberración.—

V. E. HERNÁNDEZ VISTA.

... Y ESTE TAMBIEN

Es lástima que haya sido en pleno verano y en plena huida de todo esfuerzo físico o mental excesivo por parte de las gentes cuando se han publicado cuatro interesantes artículos de Hernández Vista⁴. En ellos, el Sr. García, esta ya un popular creación que con tanto gracejo e intención viene presentándonos en la Prensa nuestro compañero, se enfrenta nada menos que con Werner Heisenberg, una de las más geniales figuras de la Física actual. Pues bien, resulta que Heisenberg es hijo de un profesor de Lengua y Literaturas bizantinas y neolatinas en la Universidad de Munich; que recibió la magnífica formación clásica de los estudios secundarios alemanes; y que debe su primera intuición de los conceptos fundamentales de la Física atómica a la lectura del platónico *Timeo*, lectura no realizada precisamente en el cómodo gabinete de estudio, sino en lo alto de un tejado durante las azarosas horas de un servi-

³ Cf. J. GUNTHER *Harold Macmillan, erudito y estadista*, en *Selecciones del Reader's Digest*, ed. española, febrero 1959.

⁴ *Humanidades clásicas y Física atómica*, en *Madrid* del 22-VII y 2, 5 y 13-VIII-1958.

cio militar en la época de la revolución alemana. «Apenas es posible cultivar la Física atómica moderna sin conocer la Filosofía natural de los griegos», afirma en su libro *La imagen de la Naturaleza en la Física actual*, y agrega que «en el principio del pensamiento occidental se encuentra el íntimo enlace de las cuestiones teoréticas y de la acción práctica, y dicho enlace es obra de los griegos», por lo cual «la fidelidad a la educación humanística representa simplemente la fidelidad a Occidente y su fuerza de creación cultural». El Sr. García, claro está, se queda estupefacto ante la solera reciamente humanística de este hombre de ciencia, y Hernández Vista aprovecha la ocasión para ironizar finalmente sobre los males del especialismo cerril.—M. F. G.